

## Teatro del ayer

El escritor Daniel de la Vega pertenece a las viejas generaciones chilenas, aquellas que vivieron el inquieto año 20, la rugidera leonesa y la multitud de acontecimientos que con la música del "Cielito lindo" enfervorizaron a Chile de norte a sur. Generaciones que vistieron chambergos de alas anchas, corbatas flotadoras, negras capas románticas, jóvenes pálidos que fumaban en pipa y miraban hacia la luna. Generosa época que tantos y tan valiosos escritores entregara a Chile. Un libro de Daniel de la Vega, titulado "Luz de candilejas", nos acerca al teatro de aquel tiempo, a la magia que ejercía el escenario en los públicos de entonces, sus rarezas, sus costumbres:

"La primera fila de butacas es exclusividad de los enamorados de las actrices. Hasta el muchacho que está perdido por la más humilde corista, ocupa también una de esas butacas, con la tranquilidad de un señor que se instala en su casa propia. Si por casualidad un caballero que jamás ha andado en líos con actrices se sienta en esa fila, repentinamente se sentirá interesado por una bailarina pálida que acaso tenga muy bonito modo de reír. Es natural que cuando ese hombre abandone su asiento, se olvidará de la muchacha..."

Estos amables comentarios teatrales de Daniel de la Vega nos remontan a un ayer que se esfuma entre la niebla de los recuerdos. Teatros con platea, palcos, balcones y galerías donde el público gozaba con el papel de sus artistas preferidos. Nombres de localidades que ya no se usan: luneta, anfiteatro. Vocablos que vienen a ser piezas de museo. Cada localidad con su público, de acuerdo con el precio de las entradas y el rango de los asistentes. Daniel de la Vega nos hace un retrato de ese público y de esas localidades que ornamentaron los teatros de un ayer que sólo se engarza al rostro de los más viejos:

"Mientras la galería grita desahoradamente y la platea, autoritaria, hace callar, los espectadores de los sillones de balcón conservan un perfecto silencio. Están estupefactos. Es que esos espectadores se encuentran en una duda atroz. Quisieran estar en platea, que es la localidad que les



corresponde, pero la platea cuesta mucho dinero. Su situación económica los empuja hacia la galería, pero les da vergüenza y no se atreven. En esta duda se encuentran, y permanecen suspendidos, entre la platea y la galería, sin saber si bajar o subir".

La obra de Daniel de la Vega abarcó la novela, el cuento, la poesía, el ensayo y el teatro. Obtuvo tres premios nacionales: literatura, teatro y periodismo, con mención en crónica. Tres recompensas que nos hablan de un talento singular, salido de la provincia chilena con su sencillez y su perseverancia. Tuvo tiempo para escribir de todo: nada escapaba a su ojo de lince de las bambalinas. Por ejemplo, en su libro "Luz de candilejas" nos habla de los primeros teatros obreros, nacidos de las filarmónicas fundadas un tiempo por Luis Emilio Recabarren, y que fueron una luz de poesía después de la extensa jornada de labor:

"Vacilantes y reducidas surgieron al principio las agrupaciones de socorros mutuos; después los entusiastas clubes deportivos, con sus escapadas al campo y sus torneos periódicos; más tarde, las sociedades obreras abrieron sus salones, y poco a poco estos organismos colectivos regularizaron sus funciones, multiplicaron sus actividades y a veces recogieron reflejos de las vagas ambiciones populares. En la tarde, apagada la fábrica, las manos trabajadoras se estrechaban".

Es necesario releer a Daniel de la Vega. De los más antiguos, ¿quién no recuerda "El bordado inconcluso", ofertorio en verso de la comedia teatral homónima? Hay que evocarlo de vez en cuando para que un viejo tiempo no se apague: ese tiempo del "Cielito lindo" y la siempre valiosa libertad nuestra.